



intereses materiales, predominando en un pueblo, absorben en cierto modo su vitalidad, y la idea religiosa se amortigua, decrece y pierde su influjo, quedando, por decirlo así, rezagada y olvidada, no pasa mucho tiempo sin que el vacío producido por esta ausencia de la idea religiosa y por la falta de equilibrio entre el orden material y religioso, determine una reacción favorable al último, reacción que tiende á restablecer el edificio destruido.

»Sería aventurado afirmar que hoy asistimos á una de estas reacciones religiosas? En medio de tan grandes errores y extravíos, obsérvese en la Europa contemporánea una tendencia marcada á vigorizar el elemento religioso, haciéndolo entrar, y entrar como elemento fundamental y muy importante, en la ciencia humana, bajo todas sus formas. La escuela ecléctica, lo mismo que la sansimoniana, el panteísmo trascendental lo mismo que las escuelas humanitarias de Schelling y Hegel, Krausse y Leroux, Schleiermacher y Bournouf, Bunsen y Reinoud, todos se esfuerzan en hacer entrar en el cuadro de la historia y de la civilización la idea religiosa, como uno de los elementos más importantes y esenciales de la vida humana. Inexactas y erróneas como son, por punto general, las doctrinas y teorías de estas escuelas y de estos escritores, revelan una tendencia enérgica, una aspiración universal, un movimiento convergente de la ciencia, que hace laudables esfuerzos para restablecer el roto equilibrio entre el sentimiento religioso y el sentimiento positivista y materialista, que viene desarrollándose en la Europa, y que tiende á dominar y absorber la vida social, merced á las grandes conquistas y adelantos realizados en el terreno de las artes, del comercio y de la industria.

»Excusado es añadir que responde también á la necesidad de restablecer el equilibrio indicado; pero con mayor verdad y eficacia, el movimiento católico que se observa en la Europa contemporánea, ese gran movimiento de concentración y de depuración católica que viene realizándose á nuestros ojos de algunos años á esta parte. El episcopado, el clero y el pueblo católico se agrupan y concentran en torno de

la cátedra de San Pedro y del Vicario de Jesucristo. El hermesianismo, el guntherismo y el liberalismo disidente, el liberalismo que entraña un movimiento de secularización general, que excluye la religión como elemento del orden social y político, y que tiende en consecuencia á aislar la sociedad y los gobiernos de toda influencia religiosa, han sido rechazados y arrojados fuera del catolicismo como elementos heterogéneos que tendían á perturbar y desfigurar la pureza de la verdad divina.

»Empero volviendo ya á la ley del progreso, vamos á condensar nuestro pensamiento sobre la materia en las siguientes reflexiones, pensamientos y reflexiones que pueden considerarse como la deducción lógica y general de las observaciones que anteceden:

1.<sup>a</sup> »Hay un fondo incontestable de verdad en la enunciación de lo que se llama la ley del progreso humano, y es la afirmación de la perfectibilidad gradual, y en cierto modo indefinida, de la inteligencia humana, perfectibilidad que da origen al desarrollo progresivo del hombre bajo los diferentes y múltiples puntos de vista que entran en el dominio de la actividad humana, á causa de la diversidad de los objetos á que esta pueda aplicarse. La razón *a priori* de semejante perfectibilidad, es la receptividad infinita ó al menos indefinida de nuestro entendimiento en el orden de las ideas, ó hablando con Santo Tomás, es que «la potencia ó fuerza del entendimiento es en cierto modo infinita en orden á entender: *potentia autem intellectus est quodammodo infinita in intellegendis*.» La elevación de la razón humana, en efecto, es tal por parte del objeto, que nada hay en el mundo ni fuera del mundo á que no alcance su acción y poderío en un sentido y otro. Lo absoluto y lo relativo, el sér infinito y el sér finito, la sustancia y el accidente, lo necesario y lo contingente, la eternidad y el tiempo, lo humano y lo divino, el cuerpo y el espíritu, todo entra y cabe dentro de la esfera del pensamiento humano. De aquí emana, como consecuencia tan lógica como inevitable, la perfectibilidad indefinida del hombre en el orden intelectual, ó lo que es lo mismo, la posibilidad de un desarrollo indefinido de la in-



teligencia, porque indefinido é incalculable es el número de ideas que en ella pueden sucederse unas á otras, como indefinido es también y superior á todo cálculo el número de relaciones que entre los objetos puede descubrir y reconocer la razón humana. En suma: la imperfección relativa y la debilidad de la razón humana, por una parte, la infinita variedad de objetos por otra, dan origen y fundan una serie indefinida é inconmensurable de fases y aspectos de la verdad, y por consiguiente llevan consigo la razón suficiente de la posibilidad de un desarrollo progresivo y ascendente de la inteligencia.

2.<sup>a</sup> »Decimos *posibilidad*, porque no debe confundirse ni identificarse la simple posibilidad del progreso con su realidad objetiva. La razón nos dice, sí, que la inteligencia humana, tanto la individual como la colectiva, *puede* marchar siempre adelante en el descubrimiento y posesión de la verdad; pero no nos enseña ni asegura que la realidad objetiva corresponda siempre á esa posibilidad: que si del terreno de la razón pura pasamos al terreno de los hechos, la Historia da testimonio de la movilidad real y efectiva de la razón humana, al menos con respecto á las naciones y agrupaciones de pueblos que constituyen el centro de la civilización; pero está muy lejos de atestiguar que esa movilidad real se verifique siempre en la dirección de la verdad y no del error. Lejos de eso, la Historia y la experiencia suministran sobrados motivos y datos para sospechar que la inteligencia marcha á veces por la senda del error, apartándose en consecuencia de su objeto real y de su perfección verdadera. Una cosa es el movimiento, y otra el movimiento progresivo y ascendente; no todo lo que se mueve marcha hácia adelante.

3.<sup>a</sup> »Teniendo en cuenta esta distinción entre la perfectibilidad y la movilidad, pueden disiparse los sofismas y evitarse la confusión de ideas que sobre esta materia hallan fácil acogida en no pocos hombres, sin excluir aquellos que poseen cierto grado de ilustración. Con demasiada frecuencia se confunde el progreso con el movimiento; movimiento envuelve y significa la escuela sansimoniana, y la teoría

de Fourier, y el humanitarismo de Leroux; movimiento, y movimiento asaz impetuoso, enérgico y absorbente, se descubre en la idea internacionalista, y en la escuela positivista, y en la filosofía materialista; y sin embargo, puede afirmarse con igual seguridad que estos movimientos expresan y representan un progreso en la humanidad y para la humanidad? ¿habremos de decir que es hoy un elemento de progreso para la humanidad civilizada la renovación parcial del socialismo espartano, ó la restauración de las doctrinas de Epicuro y de Lucrecio?

»Y si se quiere generalizar todavía más el problema, ¿es cosa á todas luces evidente y demostrada que el gran movimiento, expresión á la vez y resultante de lo que llamamos civilización europea, es un movimiento de progreso, tomado este movimiento en conjunto y con relación á sus manifestaciones complejas y á sus direcciones múltiples? La verdad es, que aun concediendo que hay progreso verdadero y real por parte de algunas de esas direcciones y manifestaciones, como, por ejemplo, por parte de la industria, del comercio, de las artes, de las instituciones político-sociales, de la legislación, siempre resultará que ese progreso es por lo menos muy problemático, por no decir nulo, hasta tocar en retroceso real, bajo el punto de vista de la religión y de la moral.

«En resumen: la ley del progreso humano encierra un elemento, ó mejor dicho, un aspecto necesario é inmutable, y otro aspecto variable y contingente. El poderío indefinido de la razón en orden al conocimiento de la verdad, en sus fases y relaciones innumerables, representa y expresa el primer aspecto de la ley, ó sea el posible desenvolvimiento indefinido de la inteligencia; y como consecuencia lógica y natural de este desarrollo, la *posibilidad* de un movimiento ascendente y progresivo de perfección por parte de la humanidad. La libertad, en combinación por un lado con los instintos y pasiones egoístas y sensibles del hombre, y por otro con las condiciones externas, físicas, geográficas, climatológicas, históricas y fisiológicas, representa y expresa el elemento ó aspecto variable y contingente de



la ley de progreso tantas veces citada. Considerada esta ley bajo el primer punto de vista, puede apellidarse ley universal, porque universal es la aptitud y capacidad real de la razón humana para desarrollarse y perfeccionarse sucesivamente, sin excepcion de razas ni de tiempos. Considerada, empero, bajo el segundo punto de vista, esta ley participa de la mutabilidad y contingencia inherentes al ejercicio de la actividad libre, á la movilidad de los instintos y pasiones, y á la variedad de influencias que radican en las condiciones externas y físicas. Para nosotros, el movimiento histórico y civilizador de la humanidad, considerado este movimiento en el orden puramente humano, abstraccion hecha del elemento divino, hállase representado por una línea que no se prolonga sino con sujecion á frecuentes direcciones é inflexiones curvas, y hasta á retrogradaciones parciales, con respecto á algunos de los elementos varios que encierra la idea de civilizacion. La prolongacion de la línea corresponde al primer aspecto ó elemento señalado en la ley del progreso; sus inflexiones, la diversidad de sus direcciones y sus retrogradaciones parciales, corresponden al aspecto variable y contingente de la misma.»

En oposicion á las leyes del progreso proclamadas por la Filosofía, tenemos una ley de la Historia y una ley de progreso en la Filosofía católica, que conviene estampar para aliento de aquellos ánimos pusilánimes que sienten cierto tímido desconsuelo ante las pomposas teorías de una ciencia que no entraña sino la negacion y la duda; la historia racionalista carece de elevado sentido, mientras que en la escuela cristiana, bajo la Providencia infinita y ordenadora, mediante la ley sobrenatural, que es el orden trazado por el pensamiento infinito y la libertad humana, realizase en el tiempo y en el espacio la ley de la Historia y la ley del progreso, sin menoscabo de la direccion infinita y de la accion libre del hombre.

Otorgó el Hacedor á la naturaleza humana un carácter en verdad esencialmente perceptible y progresivo, haciéndola capaz de un perfeccionamiento indefinido por parte de la ciencia y de la virtud, para satisfacer ese innato

deseo de que nos informa nuestra propia conciencia, que nos enseña la doctrina católica, y que tan elocuentemente describen Santo Tomás, Suarez, Taparelli y Balmes, el deseo hácia el bien infinito y hácia la verdad infinita, que, si bien el hombre no puede tocar en la estrecha esfera de la vida del tiempo, se le anuncia como una aspiracion sublime de su sér hácia otro mundo de infinita perfeccion; así pues, en el orden subjetivo y en el orden objetivo, la naturaleza humana tiende hácia el progreso, ó es esencialmente progresiva, y el hombre tambien, bajo el punto de vista subjetivo, porque analizado filosóficamente su ser intelectual, tiende al saber infinito, y analizada su voluntad, vemos que tiende al bien sin límites. Objetivamente lo es asimismo en verdad, porque el tipo absoluto ideal de la perfeccion de la inteligencia moral á que tiende el hombre, no es sino el bien infinito, sin alcanzarlo ni gozarlo en la vida presente, en la vida temporal. Esta misma ley del progreso viene á constituir el sentido filosófico y progresivo de la Historia, que es la aspiracion de la humanidad á una region pura, al bien del amor, de la sabiduria y de la felicidad. Borrada esta idea, la Historia nos ofrece un campo desierto, donde el pensamiento no alcanza á encontrar, ni una verdad que ilumine la senda de la vida humana, ni una esperanza que le consuele de tantas y tan grandes amarguras como se realizan á la larga de los caminos de su peregrinacion. Las palabras de Jesucristo, cuando dirigiéndose á los hombres les dice: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial,» es en cierto modo la condicion objetiva de la ley del progreso, señalando á los hombres el camino, la senda, la vía que deben seguir para dar solucion á todos los grandes problemas de la vida, para convertir su sér en fuente de sabiduria y de virtud, y trazar el ideal ascendente hasta la eterna perfeccion. Esta perfectibilidad del hombre abraza sin disputa el orden moral, no desdeñando por esto el orden material, y comprende por consiguiente la vida espiritual de la historia de la humanidad, así como el desenvolvimiento de las grandezas del trabajo y de la actividad, que versa sobre el material; entendiéndose, sin embargo, que la



una debe estar sometida á la otra, como el brazo está sometido á la inteligencia, como lo corporal á lo espiritual en la vida del hombre.

Véase, pues, cómo la ley del progreso proclamada por el cristianismo, cómo la historia filosófica proclamada en esta ciencia, que es hija del cielo, y comunicada á los hombres para la realizacion de su bien, no maldice, ni condena, ni reniega de los grandes progresos de la materia; antes bien, colocándolos como escabel de la planta del hombre, le invita á seguir por su senda, para que sirvan todos estos triunfos y trofeos como monumento de gloria para el progreso humano.

Esta ley de progreso cristiano, inherente á la naturaleza humana desde el origen de los tiempos, fué, ha sido y es constantemente modificada por la vida del hombre, por los vicios y errores del mundo moderno. En el estado de inocencia, el progreso del hombre hubiérase verificado sin esfuerzos, sin contradicciones, sin luchas, hubiera sido la ley natural de la vida; despues de la caída, cada conquista en el orden moral y material, cada paso en la vida del progreso representa para el hombre el penoso esfuerzo de la contradiccion, de la lucha, del dolor y del trabajo. Realizar un progreso es triunfar de un obstáculo, y la victoria del obstáculo exige y supone esfuerzo, y este exige y supone á la vez violencia, ejercicio de trabajo, lucha más ó menos empeñada en la razón, más ó menos fuerte contra las dificultades internas y externas; lucha que no siempre es coronada por la gloria del triunfo, resultando de aquí, ó situaciones estacionarias en la vida de la humanidad, ó desarrollos parciales é incompletos del progreso. Si bien la perfectibilidad humana indefinida no puede conocer ni señalar los límites, lo mismo con relacion al progreso individual que con relacion al progreso de la Historia, no es ni puede ser un secreto para Dios, que tiene conocidos y prefijados desde la eternidad esos límites en la infinidad de su inteligencia y de su poder. Entiéndase que, al reconocer la perfectibilidad de la naturaleza humana, condenamos al par el progreso infinito de que habla la escuela racionalista, porque es evidente que la naturaleza humana, esencial-

mente finita, no puede traspasar jamás las condiciones y límites impuestos á la propia naturaleza finita que caracteriza su ser. Semejante idea, sólo es compatible con el panteísmo armónico de Krausse y de otros que deifican la naturaleza del hombre, confundiéndola con la naturaleza de Dios.

El progreso, pues, histórico proclamado por el cristianismo, no puede llegar hasta cambiar las condiciones del hombre en la vida presente, haciendo la glorificacion y apoteosis de su ser y ofreciéndole un porvenir todo lleno de ventura y desprovisto de todo dolor, sufrimiento y amargura, como pretende el racionalismo.

El cristianismo no niega este porvenir para el hombre en la vida futura; mas por lo que hace á la vida presente, la humanidad puede hacer conquistas y realizar progresos más ó menos notables hácia la realizacion del bien en todas sus manifestaciones; puede asimilarse y encerrar en sí con creciente perfeccion, las leyes de libertad, justicia, verdad y moralidad, el sentimiento en la caridad, los bienes temporales, las riquezas, el bienestar material, en fin.

Pero en medio de este maravilloso desarrollo, el hombre no podrá descargar de sobre sus hombros la cruz de la vida, la série de dolores, miserias y aficciones que forman la corona de la frente humana; renacerá lo malo de la raza de Caín, aun cuando en el fondo de su alma se halle grabada con caracteres indelebles la esperanza del sacrificio de Abel, pues que esta es la ley impuesta á las generaciones caídas, si bien la redencion les abrió, para la vida de más allá del tiempo, las puertas de una mansion de eterna gloria.

La teoría del progreso cristiano está tan lejos del fatalismo como del empirismo en la Historia; sin incurrir en los vicios de los que no hacen de esta ciencia sino el desenvolvimiento fatal de las ideas, ó el estudio de los hechos sin relacion, ni enlace, ni causa. Para unos no es la Historia más que la sucesion y trasformacion de las ideas fatalmente desenvueltas; para otros no es más que el resultado de los vicios, de las pasiones, de los intereses, del clima, de los hábitos, de las costumbres y del influjo de los llamados genios en la direc-



ción y movimiento de la vida de la humanidad.

Así los fatalistas como los empíricos, tergiversan, desnaturalizan y desvanecen el elemento inmutable de la Historia, al par que en especial los empíricos convierten la relación histórica en un cuadro de hechos descarnados. Estas son las tristes consecuencias del catonismo, desenvuelto y desarrollado hasta lo absoluto, de Hegel, y del racionalismo armónico de Krausse, y estas también las consecuencias del viejo y absurdo materialismo, sacado á luz en la época presente por Buchner y otros adalides contemporáneos.

¿Se atreverá hoy algún pensador á acusar á la Filosofía católica de apadrinar el sistema de San Agustín, de Bossuet, etc., como ley de la Historia? ¿Habrà quien afirme que envuelve en místico fatalismo la existencia y reconocimiento de una ley providencial, entendida esta, como ya dejamos consignada anteriormente?

¡Ah, ciertamente que no! El mundo moral, obra de Dios, espacio en donde vive la inteligencia del hombre, no es una obra lanzada al acaso, sin plan, sin dirección, sin fin: ¿qué autor pretendería en lo humano crear un algo sin ley? Dios, en efecto, no pudo crear al hombre para arrojarle á la tierra, á fin de que marchara al acaso sin destino y sin ley; esto es, sin relación á una providencia superior y divina, consecuencia lógica de la que se deduce de un pensamiento creador é infinito, en sabiduría y poder.

Al infundir el Hacedor el soplo de vida al hombre, y señalar á su naturaleza el *aliquid* que constituye su esencia, ese sello innato y primitivo que constituye la naturaleza, debió prever y determinar el camino que la humanidad recorrería hasta el fin de los tiempos.

Este pensamiento divino, esta mirada del espíritu de Dios, presente al desenvolvimiento de todos los hechos de la vida, de todos los siglos y de todas las civilizaciones, constituye y entraña el desarrollo en lo humano del plan eterno de Dios, cuya mirada providencial, cuya guarda divina, no limita el libre ejercicio de la voluntad humana.

La pequeñez de la razón no puede descubrir

el misterioso secreto entre la presciencia y la libertad; pero no hemos de incurrir por esto en las negaciones ya rebatidas del uno ó del otro juicio, del de la Providencia ó del de la libertad.

La Providencia, al presidir los destinos de la vida del hombre y el desarrollo de la Historia, no anonada, ni absorbe, ni destruye su libre actividad; el gobierno de Dios lleva consigo el reconocimiento á las altísimas facultades de que él como Hacedor dotó á la naturaleza. La Providencia divina dejaría en verdad de ser digna de Dios desde el momento en que decreciera y anulara la causalidad moral, la libre actividad del hombre, como ser responsable de sus actos; la de la Historia, en fin, que no es otra cosa que la narradora de los hechos del hombre.

Sin negar á Dios la dirección moral, se concibe racionalmente la existencia de esta causa primera del orden moral de la vida, y la libertad del hombre, causa segunda de las luchas del mismo. El hombre puede resistir, y resiste desgraciadamente de hecho, el cumplimiento del orden moral, revelado al hombre por el mismo Dios y por la razón; pero esto no obsta á que se reciban en las páginas de la Historia los grandes principios que la religión y la Filosofía nos enseñan, contemplando al Dios uno, único y creador, como Señor de su obra, presidiendo al desarrollo de la actividad libre del hombre, y premiando ó castigando á las locas, perversas ó nobles y virtuosas generaciones, según la ley inexplicable, pero infinitamente santa, justa y buena de su justicia. Esta y no otra es la Providencia que la escuela católica proclama; esta, que es la Providencia dogmática, ó la racional y científica, única luz que puede iluminar los oscuros caminos de la historia pasada, del presente y del porvenir.

Lo *sobrenatural* en la Historia se ve tan claro, tan patente, tan lógico, y se observa tan distintamente por el ánimo pensador, que ó no se explica la existencia de un Dios creador y ordenador del mundo, lo que es un absurdo condenado al presente por todas las escuelas, por todos los filósofos y hasta por todos los



hombres, ó es preciso admitir el influjo de lo alto, de lo divino, de lo *sobrenatural*, en fin.

Confirman á la vez las creencias y razonamientos de la Filosofía, los hechos mismos de la Historia; y una vez abiertas sus páginas, veremos en ellas, desde el primer sangriento drama de Cain, hasta el triste de Sedan, cómo se señala visiblemente la mano de la justicia de Dios sobre la frente de todas las generaciones, cómo las abate ó levanta, según palabra de Maestro, á medida de sus obras, rigiéndose, es cierto, por leyes y medidas que el entendimiento humano aisladamente no acierta á explicar á las veces.

Veremos cómo en un tiempo premia y otorga generosa libertad al pueblo de Israel, y le saca de la bárbara y sangrienta crueldad de los Faraones, para llevarle y conducírle entre arcos de triunfo que le levantan las encrespadas olas de los mares, divididos á la voz de Dios, y bajo el esplendor de una nube misteriosa, á campos de abundancia; cómo en otro los abate y aflige, por haber inclinado sus pensamientos al becerro de oro, y los lleva de caída en caída hasta verse solitarios y abandonados en extrañas tierras, colgadas sus cítaras en las altas ramas de los sauces á las orillas de olvidados ríos; veremos cómo los vencedores de Baltasar, los espléndidos y aguerridos persas, caen al poco tiempo bajo la coyunda del rey de Macedonia, el leopardo vencedor y sangriento; cómo Grecia termina su gloria hasta en vergonzoso fin; cómo la señora del mundo, aquella soberana á la cual faltó tierra conocida para extender sus conquistas, Roma, la ciudad altiva, la que impuso su ley, sus dioses, sus costumbres, sus códigos, su lengua, su literatura y hasta sus vicios, al mundo, cae también abatida y hecha una soberbia esclava, pero esclava al fin, bajo el imperio de unos pueblos suscitados por la Providencia para castigo del mal y preparación del mundo cristiano del porvenir; cómo, en fin, en este mundo moderno engrandece y abate á estos pueblos de Europa, que recogen hoy los premios de su virtud, y lloran mañana castigos de sus crímenes.

Hé aquí lo que nos dice la Historia, en corroboración de la existencia de esa ley eterna,

inmutable y permanente que preside el orden moral del mundo; hé aquí, en una palabra, la armonía entre la teoría y el hecho.

Quedarán quizás sin premio evidente las acciones de esta ó de aquella generación en la vida de un pueblo, como quedan sin premio inmediato las acciones del hombre á las veces; pero ¿quién será capaz de atreverse á medir el pensamiento de la infinita justicia de Dios? ¿ni quién acertará á explicar cuándo y en qué momento la infinita sabiduría premia las nobles acciones de los pueblos?

¿Quizás las lágrimas, la sangre, la constancia de una generación, entusiasta por todo lo bueno, por todo lo grande y por todo lo generoso, aun cuando vencida y desarmada y reducida al último extremo de bárbara esclavitud, sean las mismas por cuyo sentido Dios haya de premiar á las generaciones todas del porvenir!

¿Quién sabe cuál es el alcance de la justicia y sabiduría de Dios en las empresas más gigantes del movimiento social de los pueblos, aun cuando en lo humano sean lloradas sus resoluciones! La actividad, la virtud, el heroísmo, las grandes almas, no quedan nunca sin recompensa. Ésta es la expresión más vasta que se deduce de la Filosofía de la Historia, ciencia que ha iniciado, desenvuelto y desarrollado el catolicismo, fuera de cuyo seno no hay sino ciego fatalismo histórico.

Para completar esta teoría, oigamos, según *Rohrbacher*, á tres de los más notables genios de la antigüedad pagana, y veremos cómo concuerdan sus opiniones, con la dirección de las sociedades bajo una ley eterna y providencial, que no otra cosa significa el ideal de Confucio, de Platon y de Ciceron.

Tres de los más grandes genios de la antigüedad entre los chinos, griegos y romanos, han buscado uno en pos de otro, cuál debía ser el gobierno de una sociedad para llegar á su perfeccionamiento; mas lo que bajo este punto de vista Confucio, Platon y Ciceron han imaginado de más perfecto, lo veremos realizado en Moisés, en Cristo, ó de otra manera, en la Iglesia católica.

Confucio ó Koung-tsés, á quien los chinos llaman el *santo maestro*, nació hácia el siglo VI



antes de la era cristiana, poco más ó ménos de diez siglos despues de Moisés, y hácia el tiempo en que el profeta Daniel era el jefe de los magos de Persia y de los sábios de Babilonia. Goza aun en el día de una veneracion casi religiosa, y todavía subsiste su familia, que es la más ilustre del imperio. En cuanto á sus principios sobre la base de un buen gobierno, se encuentran en los *king's*, ó libros sagrados, de los cuales ha sido él redactor, y en los comentarios que han hecho sus innumerables discípulos. Sin salir del *Chou-king*, que es el más conocido, allí se ve un supremo señor, un *cielo* soberanamente inteligente, en el corazon del cual todo está marcado distintamente; perdona al arrepentido, se deja enternecer por la oracion, oye los ayes de los pueblos, da órdenes para deponer á los reyes malvados y sustituirles por otros. El trono es el lugar del cielo. Del cielo vienen las nuevas reglas de gobierno. Un rey debe mirar con cuidado y respeto las necesidades de los pueblos, porque todos son hijos del cielo. Si el orden no es dado por el Chang-ti, ó soberano señor, ningun reino de las cuatro partes del mundo puede ser destruido. Las leyes son las órdenes del cielo. El cielo es quien ha establecido la distincion de los deberes, la diferencia de los estados, la distincion de las ceremonias, la diversidad de trajes, la aplicacion de los suplicios. Todos los cargos públicos son comisiones del cielo. El castigo de los crímenes, imita la virtud del cielo, ejerciendo el derecho de vida y de muerte; es el cielo que á él le asocia. Vos, que en las cuatro partes presidís el gobierno, dice un rey; vos, que estais colocado para hacer ejecutar las leyes penales, ¿no estais en lugar del cielo para ser los pastores de los pueblos? Yo temo y estoy receloso en cuanto á lo que se refiere á los cinco suplicios; resulta de su institucion una gran ventaja; el cielo ha pretendido por este medio socorrer á los pueblos, y bajo este punto de vista se ha asociado á los jueces, que son sus ministros (1).

Un punto sobre todo hay que notar y estudiar en las doctrinas de Koung-tsés y de sus

(1) *Chou-king*, páginas 295 y 298.

discípulos, y es el nacimiento del *Santo* que debe venir del Occidente para llevar la ley á la perfeccion y extender su reino sobre todo el Universo. Koung-tsés decia que el *santo enviado del cielo, sabria todas las cosas y tendria todo poder sobre el cielo y sobre la tierra* (1). ¡Cuán grande es, escribe él, el camino del santo! es como el Océano; produce y conserva todas las cosas; su sublimidad toca hasta el cielo. ¡Cuán grande es, y rico!

«Esperemos un hombre que pueda seguir este camino, porque si él, dice, no está dotado de la suprema virtud, no puede llegar á la cumbre de la via del *Santo* (2).»

Consultado por un ministro del imperio si él era un hombre santo, ó al ménos si habia conocido hasta el dia alguno en la China, Koung-tsés respondió que él no le habia conocido, añadiendo: «Yo, Khieou, he oido decir que allá en las regiones occidentales habia, ó habrá, un hombre santo, que sin ejercer ningun acto de gobierno, regirá el mundo; que sin hablar, inspirará una fe espontánea; que sin violencia, producirá naturalmente un Océano de acciones meritorias. Ningun hombre sabrá decir su nombre; pero yo, Khieou, he oido decir que este será el verdadero *Santo* (3).» En el prefacio de una célebre obra de Filosofía, compuesta por un emperador, se leen estas palabras admirables: «Antes del nacimiento del *Santo*, la *razon* residia en el cielo y en la tierra; despues del nacimiento del *Santo*, es en él donde la *razon* reside.»

¿Se puede expresar más claramente que el *Santo* es la *razon* misma de Dios, su Verbo revestido de la naturaleza humana gobernando el mundo? (4)

A fines del siglo V antes de Jesucristo, y mientras que el último de los antiguos profetas, Malaquías, anunciaba al Occidente de la China, en la Judea, la próxima venida del *San-*

(1) *Moral de Confucio*, pág. 196.

(2) *El invariable medio*, traducido por M. Abel Remusat, pág. 94.

(3) *Idem*, nota pág. 145.

(4) *Memorias sobre la vida y las opiniones de Lao-tseu*, por M. Abel Remusat.



to, que Confucio aguardaba de este lado de acá en vista de la antigua tradicion, comenzaba á florecer en Grecia el más elocuente discípulo de Sócrates, Platon. Méno libre para explicarse que el sábio del Oriente, si su lenguaje no es siempre tan claro, su pensamiento es el mismo. Hé aquí los principales fundamentos de su *Tratado de la sociedad política* y de su *Tratado de las leyes*. No es el hombre, sino Dios, el que puede fundar una legislacion. En su consecuencia, el orden que el legislador humano debe seguir, y que debe prescribir á todos, es el de subordinar las cosas humanas á las cosas divinas, á la inteligencia soberana. Jamás el hombre ha hecho propiamente leyes; es el destino ó las circunstancias las que las hacen, ó mejor Dios, que gobernando todo el universo, gobierna en particular todas las cosas humanas, por las circunstancias y por el destino. Pidamos á Dios, dice él, por la constitucion de nuestra ciudad, á fin de que nos escuche, nos atienda y venga en nuestro auxilio, para distribuir con nosotros su gobierno y sus leyes. Las monarquías, las aristocracias, las democracias absolutas, tienen ménos de sociedades políticas que de cohabitaciones en las mismas ciudades. Una parte domina á la otra, que es esclava. Esta es la parte dominante que da el nombre á toda la reunion. Si es necesario que de ella tome su nombre, es necesario al ménos darle el nombre de Dios, verdadero dominador de todos los seres racionales. Pero ¿cuál es este Dios? Escuchemos la fábula, hablándonos de la edad de oro.

Partiendo del principio de que ningun hombre puede gobernar las cosas humanas con un poder absoluto, sin caer en el orgullo y en la injusticia, Saturno confia el establecimiento y el régimen de los imperios, no á los hombres, sino á los genios.

Este discurso, lleno de verdad, nos enseña que si este no es un Dios, sino un hombre que preside la constitucion y el gobierno de una ciudad cualquiera, no podrá escapar jamás de los más grandes males; por cuyo motivo es necesario tachar por todos los medios imaginables el régimen primitivo, imitarle en lo que tenga de bueno, confiando sólo en lo que hay de in-

mortal en el hombre; debemos sobre él fundar la familia, así como el estado, consagrando como leyes las voluntades de la inteligencia soberana. Sin esto, como ya hemos dicho, no queda otro medio de salvacion (1).

Suponiendo, en fin, que han llegado los colonos que deben fundar su nueva república, Platon dispone así el fundamento de toda sociedad y de toda ley:

«Dios, como enseña la antigua palabra, teniendo en sí mismo el principio, el fin y el medio de todas las cosas, hace invisiblemente todo lo que es conforme á la naturaleza. Siempre está acompañado de la justicia, que castiga á los violadores de la ley divina. El que quiera asegurarse una vida feliz, ha de conformarse á esta justicia y la ha de obedecer con una humilde docilidad; pero aquel que se eleva por su orgullo á causa de sus honores, de sus riquezas ó de su belleza; aquel cuya loca juventud se inflama de una insolente presuncion, como si no tuviera necesidad ni de superior, ni de maestro, y que, por el contrario, se cree capaz de conducir á los demás, Dios le abandona enteramente, y este miserable abandonado, asociándose á otros desgraciados abandonados como él, aplaude, trastornándolo todo, no faltándole más que público que le ensalce y que le haga parecer á sus ojos como que vale algo; pero castigado al punto por el intachable juicio de Dios, trastorna á la vez á él mismo, á su casa y á la ciudad entera. Pues si esto no es así, ¿qué debe hacer y pensar el sábio?—No hay duda que el deber de cada hombre es el de buscar el medio por el cual venga á ser del número de los servidores de Dios.—¿Quién es este, pues, que es agradable á Dios y conforme á su voluntad? Una sola cosa, segun la palabra antigua é invariable, que nos enseña que no hay amistades más que entre los seres semejantes y que se apartan de todo exceso. Así pues, la soberana medida de todas las cosas debe ser para nosotros Dios, y no ningun hombre, cualquiera que sea. Por tanto, si quereis ser amigos de

(1) PLAT., edit. Bipont.; t. I, lib. I, pág. 4 y 18; lib. IV, págs. 170, 181.